ΣΟΦΊΑ

REVISTA TEOSÓFICA

SATYAT NÂSTI PÂRO DHARMAH

NO HAY RELIGIÓN MÁS ELEVADA QUE LA VERDAD

La Sociedad Teosófica no es responsable de las opiniones emitidas en los artículos de esta Revista siéndolo de cada artículo el firmante, y de los no firmados la Dirección.

LA OBSCURIDAD ESPIRITUAL

Pocos de los peligros que se acumulan en la senda del aspirante sincero son más deprimentes en su naturaleza, más fatales en sus efectos, que el llamado obscuridad espiritual, esa lobreguez que desciende sobre el corazón y el cerebro, envolviendo la naturaleza entera en sus sombríos pliegues, borrando toda memoria de pasada paz, toda esperanza de progreso futuro. Así como una densísima niebla se difunde en una gran ciudad, penetrando en todos sus rincones y escondrijos, ocultando á la vista las señales familiares del país, interceptando toda suerte de perspectivas, tornando opacas las más brillantes luces, hasta que al aturdido caminante se le figura que no ha quedado nada á excepción de su propia persona y el vapor sofocante y mefítico que le circunda; así también sucede cuando la niebla de la obscuridad espiritual desciende sobre el aspirante ó el discípulo. Desaparecen entonces para él todos los hitos, todas las señales; el camino que pisa se desvanece en las sombras, las antorchas que antes alumbraban su paso, vénse despojadas de su resplandor, y los seres humanos se tornan meros fantasmas que surgen de vez en cuando de aquella noche, chocan con él y en la obscuridad se sepultan de nuevo. Siéntese solo y extraviado; una horrible sensación de aislamiento invade todo su ser y nadie comparte su soledad. Desaparecieron los semblantes

humanos que le sonreían; en silencio permanecen las humanas voces que le alentaban; hiélase el amor humano que le acariciaba. Sus «amantes y sus amigos le son arrebatados», y ninguna palabra de consuelo llega hasta él á través del mortal silencio. Si quiere adelantar un paso, siendo como es invisible el terreno que pisa, no parece sino que va á hundirse en un precipicio, y algo parecido al sordo bramar de las olas, á una profundidad incalculable, amenaza destruirle, al paso que su misma distancia allá abajo hace más intensa la quietud que le rodea. El cielo y la tierra han desaparecido de su vista; el sol, la luna y las estrellas apagaron su lumbre, y ni el más ténue de sus rayos atraviesa la obscuridad. Siéntese como suspendido en el abismo de la nada y como si él mismo estuviera á punto de sumirse en ese nada; la llama de su vida parece oscilar en la obscuridad como si simpatizando con la universal lobreguez estuviese ella misma próxima á extinguirse. El «horror de las grandes tinieblas» le agobia, paralizando toda energía, anonadando toda esperanza. Dios y el hombre le han abandonado: está sólo, absolutamente sólo.

El unánime testimonio de todos los grandes místicos, demuestra que no hemos recargado en demasía, con tonos sombríos, la pintura que antecede; no existen, á la verdad, en lo humano, gritos más angustiosos, lamentos más amargos que aquellos que brotan doloridos en las páginas donde santas y nobilísimas almas consignaron las pruebas que hubieron de sufrir á lo largo del Sendero. Habían buscado la paz y es el combate lo que les rodea; buscaban la dicha y sólo la desgracia encontraban; iban en pos de la Visión Beatífica y veíanse sumidos en sepulcrales tinieblas. Que las almas menos desarrolladas no hayan pasado aún por esa prueba, y miren con ojos incrédulos su posibilidad, exponiendo sus teorías de lo que debiera ser contra la fuerza incontrastable de los hechos, esto no prueba nada, salvo que su hora no ha llegado aún.

No puede el niño apreciar la intensidad del esfuerzo desarrollado por un adulto, como tampoco el tierno infante experimentar la angustia que oprime al seno que le sustenta. Cada edad da el fruto que le es propio, y al paso que podemos comprender las experiencias del pasado, á nadie es dado vislumbrar siquiera la naturaleza de las que tiene por delante. Tome á burla el alma no desarrollada — si así le place — aquella agonía que no puede ella apreciar; mire con desdén el sufrimiento que aún no puede experimentar; llegue al extremo de mofarse, como de una debili-

dad, ante los signos reveladores de una angustia, cuyo contacto más ligero sería lo bastante á consumir, como brizna de paja, su tan decantada energía. Los que se aproximan á la virilidad conocen lo real de tal obscuridad, y sólo los que saben pueden juzgar.

En los mismos principios del verdadero aprendizaje de la vida superior, la obscuridad, una obscuridad menos absoluta que la anteriormente descrita, pero sobrado penosa todavía para el alma aún no desarrollada, contrarrestará y pondrá á prueba sus fuerzas. El estudiante celoso pronto observa como accesos de abatimiento, cuya causa no está en su mano descubrir, descienden sobre él sometiéndole á grandes angustias. Acontece también que por efecto de la sensibilidad exagerada que acompaña á este período de crecimiento espiritual, llega á acusarse á sí mismo por tales accesos de tristeza, reprochándose severamente la pérdida de la serena calma en que cifra su ideal. Cuando descienden sobre él las tinieblas, todos los objetos que le rodean revisten formas tan insólitas como fuera de proporción. Deformados por las nieblas en que se envuelven, los más pequeños contratiempos se le antojan insuperables obstáculos; insignificantes disgustos se truecan en sombras imponentes, que ocultan el sol, y los rozamientos que en más venturosa época pasaban ~~desapercibidas~~, ponen en tensión á los nervios y en tortura toda especie de sensibilidad. Siente que se ha despeñado desde la cima, á donde llegara merced á penosísimos esfuerzos, malográndose con ello todos sus afanes anteriores, y arrebatándole de las manos su fruto. Se ha dicho, y con mucha exactitud, que «es verdaderamente asombroso cómo los Poderes de Tinieblas parece que arrebatan de un soplo, por decirlo así, todos los tesoros espirituales adquiridos á costa de tanto trabajo y cuidados, en años de estudios y experiencias incesantes».

¿Qué de admirar tiene, pues, que el alma temblorosa y azorada del neófito se sienta próxima á la desesperación al ver que el fruto de sus victorias, conquistado en tantos rudos combates, se desmenuza cual ceniza en sus propias manos?

Examinemos ahora las causas de la obscuridad; pues si bien, cuando pesa sobre nosotros, todo conocimiento teórico se deshace á nuestros pies, sin embargo, ese mismo conocimiento puede ayudar á disiparla más rápidamente una vez que principia á desvanecerse. Nada que no sea la experiencia práctica y repetida puede hacer que nos hallemos en posesión de igual serenidad y entereza de ánimo en las tinieblas como en la luz;

pero, con todo, el conocimiento teórico tiene su lugar en la evolución de la mente.

Estudiaremos por separado el caso del aspirante y el del discípulo aceptado, pues aun cuando las causas de la obscuridad que afectan al primero pueden también desempeñar un papel en atraer la noche sobre el segundo, existen además otras causas en lo que concierne al discípulo aceptado.

Existe en primer término el hecho bien conocido de la aceleración del Karma, desde el momento en que resueltamente se dirige hacia el portal del Sendero. No es necesario que nos detengamos á considerar este punto, porque ha sido explicado con frecuencia y sólo desempeña un papel relativamente insignificante en la producción de la obscuridad. Otro elemento hay, sin embargo, con menos frecuencia aludido, que debe de mencionarse en este lugar. El placer y el dolor, relacionados con las emociones y las pasiones, pertenecen al mundo astral y se experimentan por medio del cuerpo astral; por consiguiente, una gran parte del Karma, por su misma naturaleza, pertenece al plano astral y allí es donde se extingue. Por tanto, el mal Karma puede extinguirse por medio del sufrimiento aparte de los sucesos; el sufrimiento que normalmente acompaña á las desgracias y desastres de todo género en el plano físico, radica en el astral, y sufrimos en este plano mientras que estamos pasando nuestras desventuras en el físico.

Ahora bien: este sufrimiento astral puede ser desligado de los sucesos físicos á que está normalmente asociado, y pasarse aparte de esos sucesos. El aceleramiento del Karma produce mucho de este resultado, y alguna de la obscuridad que experimenta el aspirante es debido á esta causa; extingue así el mal Karma pasando por sufrimientos que pertenecen á sucesos cuya manifestación no ha llegado aún el momento de producirse en el plano físico; y si observa su propia vida, verá que más adelante pasa por acontecimientos que ordinariamente hubiera considerado como de la naturaleza más abrumadora, con una tranquilidad é indiferencia que á él mismo sorprende. El hecho es que ya ha pasado por el sufrimiento que normalmente se relaciona con ellos, y sólo tropieza en el plano físico con los meros cascarones y semblanzas, las formas vacías, única cosa que queda una vez que la conciencia astral que suele vivificar tales formas se ha desvanecido. (Se hace presente á los estudiantes — aunque el asunto es demasiado vasto para ser tratado aquí — que la con-

ciencia del hombre, en el estado presente de su evolución, es astral.) El aspirante puede, por tanto, consolarse cuando una tristeza aparentemente sin causa desciende sobre él, con el conocimiento de que está extinguida alguna de sus deudas Kármicas, y que su pago jamás se exige dos veces.

En segundo lugar, el aspirante procura purificar su personalidad, y finalmente destruirla. El placer aumenta y vigoriza la vida de la personalidad, al paso que el dolor la debilita. Su propia y deliberada voluntad ha ofrecido la personalidad en holocausto al Señor del Suelo Ardiente, y si el sacrificio es aceptado, la llama desciende y la devora. ¿Qué causa de dolor puede haber en ésto? Pero el fuego, al consumir las escorias de la personalidad, dejando libre el oro puro de la vida, tiene necesariamente que ocasionar un sufrimiento agudo á esta vida, que de este modo se purga rápidamente de los elementos que durante milenios han formado parte de su ser mezclándose con todas sus actividades. Y aquí se presenta el peligro que hace tan funesta la obscuridad espiritual. ¿Puede el aspirante sostenerse firme mientras el tenebroso fuego consume aquello mismo que parece constituir su propia vida? ¿Puede él soportar la presión, vivir en tal obscuridad y ser encontrado, al desvanecerse ésta, siempre en su puesto, cansado y aniquilado quizá, pero firme *allí?* Si puede, entonces una paz grande sucederá á la obscuridad, y en esta paz oirá el canto de vida. Nueva fuerza afluirá á él y se sentirá consciente de una visión más penetrante, de una posesión más firme de la verdad; la obscuridad no resultará ser sino la madre de la luz, y en ella habrá aprendido lecciones inapreciables que le servirán de gran auxilio en pruebas futuras. Pero desgraciadamente ocurre, con demasiada frecuencia, que el ánimo fallece y que la resistencia se agota, y entonces la obscuridad se convierte en la obscuridad de una tumba temporal, y quizá para el resto de la encarnación, acarrea «la ruína á más de un alma noble que aún no ha adquirido la suficiente fuerza para resistir».

Por último, la obscuridad es á menudo una ofuscación que las fuerzas destructoras que actúan en el mundo arrojan sobre el aspirante. Para el proceso evolutivo, la destrucción es tan necesaria como la construcción, la desintegración tánto como la integración. Aquello mismo que aparentemente retarda, en realidad fortalece, así como la muerte no es más que un aspecto del nacer. El ocultista sabe que cada fuerza de la naturaleza representa la actividad de una Inteligencia invisible, y que esto es tan

verdad respecto de las fuerzas destructoras como de las constructoras. Y sabe que las Inteligencias destructoras, los Poderes Tenebrosos, como á menudo se les llama, se dedican á descarriar, á enredar y confundir al aspirante, desde el momento en que ha hecho suficiente progreso, por encima de la masa de la humanidad, para llamar su atención y hacerse digno del ataque. Siendo su propósito entorpecer la evolución superior y prolongar el reinado de la materia, consideran como su enemigo natural á cualquiera que se aparte de la senda ordinaria y trate de llevar una vida espiritual. Estos son los «poderes de la naturaleza», con tanta frecuencia mencionados en los libros místicos, que tratan de repeler al alma que aspira. Su medio más favorito de todos, es, quizá, causar el desaliento, y á ser posible, conducir á la desesperación, envolviendo al alma en tinieblas y haciéndola sentirse abandonada y sola. Suya es esa pincelada que da al aislamiento su peculiar acerbidad; los pensamientos que murmuran la desesperación no son sino el eco de sus burlas. A medida que se progresa en el Sendero, hay que afrontar gradualmente todos los poderes de la naturaleza y vencerlos, y la lucha y la victoria hay que llevarlas á cabo solo. ¿Solo? ¡Ah! Solo no, en realidad; ¿qué puede separarnos de la Vida Una que es nuestro propio Ser, ó del amor de los Maestros que vigilan cada paso del combatiente? Pero sí, solo, por lo que al intelecto se refiere, el cual siente al «yo» como hallándose solo y abandonado.

Cuando se estudia la vida del discípulo aceptado, vemos en ella activas las causas que hemos visto en la vida del aspirante, pero también surge una causa nueva, la cual, á medida que él progresa, desempeña una parte más y más prominente en su experiencia. A medida que los grillos de su propio Karma se desprenden, encuéntrase libre para asumir una parte del «pesado Karma del mundo», y él también principia á afrontar las fuerzas destructoras más grandes en pro de la humanidad, colocándose entre ellas y ésta y atrayendo sobre sí tanto como le es posible de sus energías. El pecado y el dolor del mundo, su patética ignorancia, pesan sobre él, y hasta el momento en que alcanza la firme paz que tiene sus raíces seguras en el conocimiento perfecto, no puede eludir, de vez en cuando, la lobreguez que desciende sobre él, como si todo el dolor del mundo aplastase su corazón, haciéndole sangrar por cada poro con «compasión impotente», por la ceguera que tiene como resultante la desgracia y la ignorancia que es pecado. Ni se atreve él tampoco á rechazar de sí este sentimiento de pena, puesto que en virtud de la realización más

y más perfecta de la unión de su vida con la de los demás hombres, su dolor es el suyo, y por su medio participa de su Karma y apresura su evolución. Pero gradualmente aprende á soportarlo con tranquila satisfacción que llega á convertirse en un sentimiento de profunda é íntima alegría, hasta que su poder aplastante disminuye y finalmente desaparece, quedando tan sólo una compasión sin límites, de suerte que el dolor mismo se hace más querido que todo lo que el mundo llama dicha, y la lobreguez no es más que un suave crepúsculo, más precioso y más dulce que el brillo del sol de medio día.

Más agudo y penetrante aún es el sufrimiento que afronta cuando «vuelve la espalda á la luz y desciende solo á la obscuridad para hacer frente y vencer á los Poderes del Mal». Esta es la obra de los Salvadores del Mundo, y la hora llega para el discípulo en que este solemne y glorioso deber recae sobre él. Ejercitarse para sus luchas más árduas, aprendiendo gradualmente á atraer á sí fuerzas inarmónicas y dilacerantes, que á menudo le desgarran en el proceso, y que luego devuelve armónicas y rítmicas, fuerzas constructoras en lugar de fuerzas que destruyen. Los discípulos son los crisoles de la naturaleza en donde los compuestos dañinos son desasociados y vueltos á combinar en compuestos que promueven el bien general. Así que el hirviente compuesto se deshace con violencia explosiva, el sensitivo crisol humano se extremece bajo la terrible presión, y no es de sorprender que á veces se rompa no pudiendo resistirla. Por medio de esta disciplina continuada por largo tiempo, el discípulo fortalece sus poderes y se pone en disposición de soportar cargas más pesadas; en disposición de resistir la lobreguez de la horrible obscuridad en la cual se siente abandonado de Dios y de los hombres, en la cual parece que es arrojado á merced de los Negros Poderes para que éstos hagan su voluntad con él, en la cual la vida es una pura tortura y se ansía el estado anodino de la pérdida de la conciencia. Luego viene la tentación sutil engañadora: «desciende de la cruz»; y él sabe que nada lo mantiene en ella clavado sino los hierros de su propio determinado propósito y de su voluntad indomable; en cualquier momento puede hacer cesar la tortura, si consiente en escapar de ella á costa del mundo en cuyo auxilio se ha sacrificado. Si se libra, el mundo tiene que sufrir; si puede soportar la agonía, la carga de la humanidad se aligera un poco. «Él salva á otros, pero no puede salvarse á sí mismo.» El escarnio del incrédulo es la ley de vida del Cristo.

Pero finalmente, hasta esta esperanza que sostenía su fortaleza le es arrebatada, y las tinieblas de la desesperación le envuelven, murmurando en su oído que toda su angustia es vana, que ha sido vencido, dominado, y que todo el ansiado servicio para el mundo es tan sólo «como necia visión de un sueño». Ya no volverá más á servir á su Maestro con gozosa obediencia; nunca más las almas abatidas serán reanimadas por la luz que él aporta; él ha enseñado á otros á hollar el Sendero, pero él mismo se ha despeñado de él; él ha predicado el amor sin fin, pero ¡ah! el amor mismo le ha abandonado y le deja que se hunda en el abismo. ¿Puede él soportar todo esto? ¿Puede él seguir bendiciendo el bien cuando el mal triunfa sobre él? ¿Está él contento de perecer si tal es su Karma? ¿Puede alegrarse aún de que el mundo se salve sin tomar él parte alguna en tal salvación, y sentir alegría por el triunfo del amor, aun cuando él sea un desterrado de sus brazos? Si no puede, entonces la obscuridad lo ha sofocado, y el mundo ha perdido por un tiempo un auxiliar. Si puede, entonces, con ese último abandono del yo separado, la obscuridad se desvanece; el eterno Yo superior se ensancha dentro de él; la Faz de su Maestro brilla y comprende que Él ha estado allí todo el tiempo; en un momento de clara visión espiritual, ve á través del velo desgarrado el Santuario de los Santuarios, en donde mora «El Corazón del Silencio, el Dios Oculto», y las alas de la blanca faz le envuelven. Luego viene un breve reposo en la quietud de la silenciosa y sellada cueva; la entrada en una nueva vida más amplia, con visión más profunda, fe más firme, amor más vigoroso; un mayor poder para servir á la humanidad, la fuerza para soportar pruebas aún más fuertes. Sobre todo ha aprendido algo acerca del poder de la ilusión, ha tenido un vislumbre de la naturaleza de Mâyâ, y tiene esto más para ayudarle en todas las tinieblas futuras; el conocimiento comprobado de que no puede naufragar, á menos que él mismo se rinda al poder de su ilusión. Tal es el fruto inapreciable de la obscuridad espiritual, y por tales pruebas y tales luchas el hombre desarrolla al Dios.

ANNIE BESANT

Traducido por J. Plana y Dorca, M. S. T.

LA CALDEA ANTIGUA

(CONCLUSIÓN)

Una parte muy interesante del estudio de esta Religión del mundo antiguo, es tratar de comprender exactamente lo que sus instructores significaban por el Angel-Estrella ó espíritu de una estrella. Una investigación algo atenta, demuestra que los términos, aunque algunas veces son sinónimos, no lo son siempre, pues parece que encerraban por lo menos tres conceptos por completo diferentes bajo el título de «el espíritu de un planeta».

En primer término, creían en la existencia, en relación con cada planeta, de una entidad no desarrollada y semi-inteligente, pero no obstante muy poderosa, la cual pudiéramos quizá expresar de un modo más adecuado en nuestra terminología teosófica, como la esencia elemental colectiva del planeta, considerada como un ser colosal. Sabemos cómo, en el caso de un hombre, la esencia elemental que entra en la composición de un cuerpo astral se convierte por todos conceptos en una entidad aparte — la cual es á veces llamada el elemental kámico, — como sus muchos diferentes tipos y clases se combinan en una unidad temporal, capaz de acción definida en defensa propia, por ejemplo, contra el proceso desintegrante que principia después de la muerte. Si del mismo modo podemos concebir la totalidad de los reinos elementales, en un planeta dado, obrando como un todo, habremos comprendido exactamente la teoría que sostenían los antiguos caldeos respecto de la primera variedad del espíritu planetario, para la cual sería un término mucho más apropiado el de «elemental planetario». La influencia (ó por decirlo así, el magnetismo) de este elemental planetario, era lo que trataban de enfocar sobre las personas que padecían ciertas enfermedades, ó de aprisionar en un talismán para usos futuros.

Se recordará que en los principios de este relato he explicado su enseñanza de que los planetas físicos que vemos servían como señales para

indicar la posición ó el estado de los grandes centros en el cuerpo del mismo Logos, así como también que á través de cada uno de estos grandes centros había derramado uno de los diez tipos de esencia, con la cual, según ellos, todo había sido construído. Cada uno de tales tipos, cuando se le consideraba por sí solo, era identificado con un planeta, y á esto le llamaban también con frecuencia el espíritu del planeta, dando así al término otro significado más distinto. En este sentido, hablaban del espíritu de cada planeta como omnipotente en todo el sistema solar, obrando dentro de cada hombre y mostrándose en sus acciones y manifestándose en algunas plantas y minerales, dándoles sus propiedades distintivas. Naturalmente, este «espíritu del planeta» en el hombre era susceptible de ser influído por el estado del gran centro á que pertenecía, y con referencia á esto, publicaban todos sus Avisos Astrológicos.

Sin embargo, cuando los Caldeos invocaban la bendición del espíritu de un planeta, ó trataban de elevarse á él por medio de la meditación fervorosa y reverente, en este caso, por supuesto, daban á la expresión otro sentido. Creían que cada uno de estos centros daba nacimiento á toda una jerarquía de grandes espíritus ó devas, por cuyo medio obraba, y á cuya cabeza se hallaba un Gran Ser, á quien de modo preferente llamaban «*el* espíritu del planeta», ó, más generalmente, el Angel-Estrella. Su bendición era lo que buscaban los que más especialmente habían nacido bajo su influencia, siendo considerado por ellos de un modo semejante á como el cristiano devoto pudiera considerar los grandes arcángeles, los «siete espíritus ante el trono de Dios»; como un ministro potente del poder divino del Logos, un canal por cuyo medio se manifestaba el inefable esplendor. Se susurraba que cuando al celebrarse en aquel gran templo la fiesta de algún planeta particular, y en el momento preciso, cuando la imagen de la estrella brillaba con viveza en medio de las nubes de incienso, aquellos, cuyos ojos estaban abiertos por el fervor de su devoción, habían visto algunas veces la poderosa forma del Angel-Estrella suspendida sobre el brillante orbe, mirando benignamente aquellos devotos con cuya evolución se hallaba tan estrechamente relacionado.

Una de las doctrinas de esta antigua fe era que en algunos casos raros existía la posibilidad para hombres altamente desarrollados, llenos de sincera devoción hacia su Angel, de elevarse, por medio de una meditación largo tiempo continuada, fuera de su mundo hasta el suyo; de cambiar todo el curso de su evolución y asegurar su próximo nacimiento, no

ya en este planeta, sino en el suyo; y los anales del templo contenían relatos de sacerdotes que habían hecho esto y pasado así fuera de la esfera humana. Se llegaba hasta asegurar que una ó dos veces en la historia había ocurrido esto con referencia al orden de deidades estelares aún más elevadas, que se reconocían como pertenecientes á las estrellas fijas, mucho más allá del sistema solar; pero esto último era considerado como vuelos temerarios en lo desconocido, acerca de cuya propiedad hasta los sacerdotes más elevados permanecían silenciosos.

Por extraños que estos métodos nos parezcan ahora, por mucho que puedan diferir de todo lo que se nos ha enseñado en nuestros estudios teosóficos, sería una necedad de nuestra parte el criticarlos ó el dudar de que, para aquellos á quienes concernían, pudieron ser tan eficaces como los nuestros. Sabemos que en la Gran Fraternidad Blanca hay muchos Maestros, y que aun cuando las calificaciones que se requieren para cada paso del Sendero son las mismas, sin embargo, cada Instructor adopta para sus discípulos aquellos métodos de preparación que considera más á propósito para ellos; y puesto que todas estas sendas conducen igualmente á la cima de la montaña, no nos corresponde á nosotros determinar cuál es la más corta y mejor para nuestro vecino. Para cada hombre hay una senda que es la más corta; pero cuál sea esta senda depende de la posición de la cual él parte. El esperar que todos vengan á nuestro punto de partida y usen nuestra senda, sería caer bajo la ilusión, nacida del amor propio y de la ignorancia, que ciega los ojos del religioso fanático. *Nosotros* no hemos sido enseñados á reverenciar á los Grandes Angeles de las Estrellas, ni á considerar como una meta la posibilidad de entrar en la evolución Deva en una época relativamente temprana; pero debemos tener siempre presente que hay otras líneas de Ocultismo, además de la forma particular que la Teosofía nos ha enseñado, y que sabemos poco, muy poco todavía, de la nuestra propia.

Será, quizá, mejor que tratemos de evitar la palabra «adoración» al describir los sentimientos de los Caldeos hacia los Angeles-Estrellas, toda vez que aquí en Occidente es siempre mal interpretada; era más bien el hondo afecto y la veneración y lealtad que nosotros sentimos hacia los Maestros de Sabiduría.

La Religión Caldea estaba muy arraigada en el corazón de sus creyentes, é indudablemente producía, en la mayor parte de los casos, vidas buenas y honradas. Sus sacerdotes eran gente muy instruída á su modo;

sus estudios en Historia y Astronomía eran profundos, y no sin fundamento unían estas dos Ciencias, clasificando siempre los sucesos de la historia con arreglo á su supuesta relación con los diversos ciclos Astronómicos. Eran también muy versados en Química, y utilizaban algunos de sus efectos en las ceremonias. Recuerdo, por ejemplo, un caso en que se vió á un sacerdote de pie sobre el techo plano de uno de los templos invocando, en devoción privada, uno de los espíritus planetarios. En una de sus manos llevaba un largo báculo untado en un extremo con una sustancia que parecía bituminosa, y principió su invocación marcando con el báculo el signo astrológico del planeta en el pavimento, y se observó que esta sustancia dejaba una señal de brillo fosforescente tras sí, sobre la superficie de piedra ó de argamasa.

Por regla general, parece que cada sacerdote tomaba una senda especial de estudio, á la que más particularmente se dedicaba. Un grupo se dedicaba á la Medicina, investigando constantemente las propiedades de diversas yerbas y drogas, preparadas bajo ésta ó aquélla combinación de influencias estelares; otro volvía exclusivamente su atención á la Agricultura, decidiendo qué clase de suelo era el más propio para ciertas simientes y cómo podría mejorarse—trabajando, también, en el cultivo de plantas útiles y en la producción de variedades nuevas, probando la rapidez y fuerza de su crecimiento bajo cristales de diferentes colores, y así sucesivamente. (Esta idea del empleo de la luz de color para promover el crecimiento parece haber sido común á varias de las antiguas razas atlantes, y era probablemente una parte de las enseñanzas que originalmente se daban en la misma Atlántida.) Otra sección se constituía en una especie de oficina del tiempo, y predecía, con considerable exactitud, tanto los cambios ordinarios del tiempo como los disturbios, tales como tempestades, ciclones y lluvias torrenciales. Más tarde esto se convirtió en una especie de sección del Gobierno, y los sacerdotes que predecían sin exactitud eran destituídos por incapaces.

Se atribuía inmensa importancia á las influencias prenatales, por lo que las madres debían recluirse y vivir una especie de vida semi-monástica durante algunos meses, tanto antes como después del alumbramiento. La educación del país no se hallaba, como en el Perú, directamente en manos de los sacerdotes, aunque ellos eran quienes decidían con sus cálculos (ayudados, sin duda, en algunos, por la penetración clarividente) á qué planeta pertenecía el niño. Los niños dependientes de un plane-

ta particular asistían á la escuela del planeta, bajo maestros que pertenecían al mismo tipo que ellos; de suerte, que á los niños de Saturno no se les permitía, en modo alguno, axistir á la escuela de los de Júpiter, ni á los niños de Venus que fuesen enseñados por un devoto de Mercurio. La educación señalada á estos diversos tipos difería considerablemente, siendo el propósito en cada caso desarrollar las buenas cualidades y contrarrestar las malas inclinaciones, que una larga experiencia había enseñado á los instructores á suponer en cada tipo especial de niño ó niña.

El objeto de la educación entre ellos parece haber sido casi por entero la formación del carácter; la mera enseñanza de conocimientos era secundaria. A todos los niños se les enseñaba la curiosa escritura geroglífica del país y los rudimentos de cálculos muy sencillos; pero fuera de esto no había nada que pudiésemos reconocer como asunto propio de una escuela. Aprendían de memoria numerosos preceptos religiosos ó más bien de ética, indicando todos ellos la conducta que debía esperarse de «un hijo de Marte» (ó de Venus ó Júpiter, según fuera el caso) bajo las diversas circunstancias que pudieran surgir; y la única literatura que se estudiaba era un comentario, por demás voluminoso, sobre tales circunstancias, lleno de interminables historias de aventuras y situaciones, en las cuales los protagonistas obraban unas veces sabiamente y otras como necios. A los niños se les enseñaba á criticarlos dando las razones sobre que fundaban su opinión, y describiendo de qué modo hubieran ellos obrado si hubiesen estado en lugar del héroe de la historia.

Aunque los niños pasaban muchos años en las escuelas, todo su tiempo lo dedicaban á familiarizarse, no sólo teórica sino también prácticamente, en lo que era posible, con las enseñanzas de este inmanejable «Libro del Deber», como se le llamaba. A fin de imprimir las lecciones en las mentes de los niños, se les hacía que personificasen los diversos caracteres de las historias y actuasen en las escenas como en un teatro. Cualquier niño que demostraba afición por la Historia, las Matemáticas, la Agricultura, la Química ó la Medicina, podía, después de dejar la escuela, hacerse una especie de aprendiz al lado de cualquier sacerdote especialista en alguna de estas ciencias; pero el curso de las escuelas no incluía ninguno de estos asuntos ni proporcionaba preparación alguna para su estudio más allá de la ordinaria que se creía apropiada para todos en cualquiera circunstancia.

La literatura de la raza parece que no era muy extensa. Los registros

oficiales se llevaban con gran cuidado; los traspasos de tierras parece que se registraban, y los decretos y proclamas de los Reyes eran siempre, por decirlo así, enjaretados para referencias; pero aun cuando estos documentos ofrecían materia excelente, aunque algún tanto árida para el historiador, no se veía rastro de que se hubiese escrito alguna historia relacionada con ellos. Se enseñaba oralmente por tradición, y algunos episodios eran puestos en índice en relación con los ciclos astronómicos; pero estos anales eran meramente tablas cronológicas y no historias, en nuestro sentido de la palabra.

La poesía estaba representada por una serie de libros sagrados que hacían un relato altamente simbólico y figurado del origen de los mundos y de la humanidad, así como también por un número de baladas ó sagas celebrando los hechos de héroes legendarios. Estas últimas, sin embargo, no se escribían, en lo que pudimos observar, sino sencillamente eran transmitidas de un recitador á otro. A la gente le gustaba mucho, como á tantas razas orientales, escuchar historias improvisadas, y mucha tradición de esta clase había sido transmitida, á través de los siglos, desde tiempos que evidentemente se remontaban á un período muy remoto de una civilización mucho más ruda.

Con algunas de estas leyendas más primitivas parecía posible reconstruir un tosco bosquejo de la historia de los primeros tiempos de la raza. La gran masa de la nación procedía, sin duda alguna, del tronco Turanio, perteneciente á la cuarta subraza de la raza raíz Atlante. Aparentemente habían sido en su origen un número de pequeñas tribus, siempre en guerra entre sí, viviendo de una Agricultura de naturaleza muy primitiva, y conociendo muy poco de Arquitectura ni de clase alguna de cultura. Hallándose en este estado semi-salvaje, vino de Oriente un gran jefe, un hombre de otra raza, que en un principio se estableció tranquilamente entre ellos; pero muy pronto, por su conocimiento superior se convirtió en Rey de la tribu, y por grados atrajo bajo su dominio á las tribus vecinas, no tanto por la conquista, como por la atracción del poder que había en él, hasta que echó los cimientos de un imperio poderoso.

Este jefe era indudablemente de raza Aria, enviado á esta obra de civilización por el mismo Manu en una de sus posteriores encarnaciones. De él desciende la línea real de la Caldea Antigua — una línea que se diferenciaba grandemente en la apariencia de sus súbditos, de facciones fuertes, de complexión bronceada y ojos hundidos y brillantes. Las es-

culturas babilónicas, mucho más posteriores, nos dan una idea muy aproximada de este tipo real, aunque en aquella fecha la sangre Aria había penetrado á casi toda la raza, al paso que en el tiempo del cual hablamos no la había apenas tocado.

Después de un largo período de esplendor y prosperidad, este poderoso imperio de Caldea empezó lentamente á decaer, hasta que, por último, fué por completo destruído por la invasión de hordas de bárbaros fanáticos de creencias más rudas, que odiando con verdadero fervor puritano toda muestra de sentimiento religioso más elevado, más noble y hermoso que los suyos, destruyeron hasta los rastros de todos los gloriosos templos que con tanto amor habían sido erigidos para el culto de los Angeles-Estrellas, que hemos tratado de describir. Estos espoliadores fueron á su vez lanzados por los Akkadios del país montañoso del Norte — Atlantes también, pero de la sexta subraza — y éstos, mezclándose gradualmente con los restos de la antigua raza y con otras tribus de tipo Turanio, constituyeron la nación Shumiro-Akkad, de la cual surgió el imperio Babilónico. A medida que se desarrolló, sin embargo, fué más y más influída por la mezcla de la sangre Aria, primero de la subraza Semítica y luego de la Irania, hasta que cuando llegamos á lo que comúnmente se llama los tiempos históricos, apenas queda rastro alguno del antiguo Turanio en las caras que nos han dejado pintadas en las esculturas y mosáicos de Asiria.

Esta última raza tenía, por lo menos en sus principios, una vigorosa tradición de su más grandiosa predecesora, y sus esfuerzos se encaminaron siempre á revivir las condiciones y el culto del pasado. Estos esfuerzos sólo tuvieron éxito en parte; influídos por una creencia extraña, enredados con las reminiscencias de otra tradición más reciente del asociado predominante en la combinación, sólo produjeron una copia pálida y torcida del magnífico culto de los Angeles-Estrellas, según había florecido en la edad de oro que esta inhábil pluma ha tratado de describir.

Por débiles y faltas de realidad que sean estas pinturas, excepto para aquellos que por sí las ven, sin embargo, su estudio es no sólo de profundo interés para el estudiante de lo oculto, sino de gran utilidad para el mismo. Ayuda á ensanchar su opinión; le da de vez en cuando un vislumbre pasajero en el trabajo de ese vasto total, en donde todo lo que podamos imaginar de progreso y de evolución es sólo una rueda diminuta en una maquinaria inmensa, como una pequeña compañía en el gran ejér-

cito de un Rey. También le proporciona algún ánimo el conocer un poco de la gloria y hermosura que ha existido en esta grande y antigua tierra nuestra, y saber que eso no es más que á modo de un pálido reflejo de la gloria y hermosura que aún han de existir.

Pero no debo terminar este insignificante bosquejo de las dos viñetas de la edad de oro del pasado, sin hacer referencia á un pensamiento que inevitablemente tiene que ocurrir al que las estudie. Nosotros que amamos á la humanidad — que trabajamos, aunque débiles sean nuestros esfuerzos, para ayudarla en su árduo camino, — ¿podemos nosotros, al leer esas condiciones de la Caldea Antigua y quizá aún más del Antiguo Perú, condiciones bajo las cuales vivían naciones enteras una vida feliz y religiosa, libres de la maldición de la intemperancia, libres del horror de la aplastante pobreza, podemos nosotros, repetimos, enterarnos de tales condiciones sin una cruenta duda, sin hacernos la pregunta de si será cierto que la humanidad evoluciona? ¿Puede ser por bien de la humanidad de que cuando se ha alcanzado tales civilizaciones se les permita desmoronarse y caer sin dejar rastro, y que después de ellas vengamos á parar á *esto?*

Sí; porque sabemos que la ley del progreso es una ley de cambio cíclico, y que bajo esa ley, las personalidades, las razas, los imperios y los mundos pasan y no vuelven más — en la misma forma; que todas las formas tienen que perecer, por hermosas que sean, á fin de que la vida dentro de ellas pueda crecer y desarrollarse. Y sabemos que esa ley es la expresión de una Voluntad — de la Voluntad divina del Logos mismo, y, por tanto, su obra debe ser el súmmum del bien para la humanidad que amamos. Nadie ha podido amar nunca al hombre como Él; Él, que se ha sacrificado á fin de que el hombre pudiese ser; Él conoce toda la evolución desde el principio al fin, y Él está satisfecho. En su mano, la mano que bendice al hombre, está el destino de este hombre; ¿puede haber entre nosotros un corazón que no esté contento de verlo así, que no esté satisfecho hasta lo más íntimo de su ser al oirle decir, como dijo una vez un gran Maestro á su discípulo: «Lo que yo sé no lo sabes tú hoy, pero lo sabrás en lo porvenir?»

C. W. LEADBEATER.

El Idilio del Loto Blanco

(CONTINUACION)

Condujéronme los dos sacerdotes más jóvenes fuera de la habitación. Comencé á observar entonces que pertenecían á un orden inferior en el sacerdocio, y mirándolos con atención, vi que sus blancas vestiduras carecían de los hermosos bordados de oro y estaban marcadas con líneas negras y labores de aguja junto á los bordes.

¡Cuán delicioso fué para mí, después de mis fatigas, el baño perfumado al cual me condujeron! Tranquilizó y suavizó mi espíritu mismo. Al salir de él frotáronme con un aceite delicado y suave, envolviéronme después en una sábana de lino y me sirvieron un refrigerio: frutas, tortas de aceite y una bebida perfumada, que pareció estimularme y darme fuerzas. Entonces fuí conducido de nuevo al aposento, en el cual los dos sacerdotes me aguardaban.

Allí estaban ellos con otro sacerdote de inferior categoría, que tenía en sus manos una fina vestidura de lino, del blanco más puro. Cogiéronla ambos sacerdotes, y á medida que los otros despojaban á mi forma de su túnica, los dos, al mismo tiempo, me revistieron de aquélla. Y una vez que hubieron hecho esto, unieron sus manos sobre mi cabeza, mientras los demás sacerdotes se ponían de rodillas en el mismo lugar en que se hallaban.

No sabía yo lo que todo esto significaba, y otra vez comenzaba á alarmarme. Pero el refrigerio corporal había contribuído mucho para tranquilizar mi alma, y cuando, sin ninguna ceremonia más, me despidieron de nuevo en compañía de los dos sacerdotes inferiores, con quienes me sentía yo un poco más familiarizado, recobré mi presencia de ánimo y mi paso aumentó en firmeza.

Me llevaron á un pequeño aposento, en el cual había un diván bajo y largo, cubierto con una sábana de lino. Nada más había en aquella habitación, y á la verdad, sentía que tanto mis ojos, como mi cerebro, podían muy bien permanecer durante algún tiempo sin experimentar interés nin-

guno, porque ¡cuántas cosas había visto desde que entré por la mañana en el templo! ¡Cuánto tiempo me parecía que había transcurrido desde que á la puerta del templo solté la mano de mi madre!

—Descansa en paz dijo uno de los sacerdotes. —Duerme todo el tiempo necesario, pues serás despertado á las primeras horas frescas de la noche.

Y así me dejaron.

Capítulo III

Permanecía tendido sobre mi lecho, el cual era lo suficientemente blando para que reposasen en él con gusto mis miembros fatigados, y no tardé mucho en quedar sumido en profundo sueño, no obstante lo extraordinario de todo cuanto me rodeaba. La robustez y la confianza de la juventud me hacían olvidar por completo la novedad de mi situación ante la satisfacción temporal que llevaba consigo lo completo del reposo. No mucho tiempo después entré en aquella celda para contemplar aquel lecho y maravillarme de que me hubiese abandonado aquella paz mental que había sido mía durante mi niñez ignorante.

Cuando desperté reinaba obscuridad completa, y sobresaltado me senté en el lecho, con la vívida conciencia de una presencia humana en el aposento. Mi entendimiento perturbóse con lo súbito de mi despertar. Me creí en casa y que era mi madre la que en silencio velaba junto á mí.

—¡Madre! —grité;—¿Qué sucede? ¿Por qué estás aquí? ¿Estás enferma? ¿Se han extraviado las ovejas?

Por un momento no tuvo lugar contestación ninguna, y mi corazón comenzó á latir con rapidez, mientras que enmedio de tinieblas completas me daba cuenta de que no me hallaba en mi casa, que me encontraba, á la verdad, en un lugar nuevo, y que no podía hacerme cargo de quién era el que de un modo tan silencioso velaba en mi habitación. Por vez primera eché de menos el cuarto pequeño de mi casa y el sonido de la voz de mi madre. Y aunque creo que era yo un muchacho valiente y no susceptible de ceder á debilidades mujeriles, de nuevo caí en la cama y sollocé fuertemente.

—Traed luces—dijo una voz tranquila;—está despierto.

Oí ruidos, y luego percibió mi olfato un perfume fuerte. Inmediatamente después entraron por la puerta dos jóvenes novicios con lámparas

de plata, que vívida y súbitamente iluminaron la habitación. Vi entonces, y lo que vi sobrecogióme de un modo tal, que cesaron mis sollozos y no me acordé ya más de mi casa; vi entonces que la habitación estaba llena por completo de sacerdotes blancos, todos en pie é inmóviles. No tenía nada de extraño, pues, el que me hubiese sentido oprimido por el sentimiento de una presencia humana en mi aposento. Encontrábame rodeado por una multitud silenciosa de hombres que parecían estatuas, cuyos ojos permanecían fijos en el suelo y cuyas manos se hallaban cruzadas sobre sus pechos. Me acurruqué de nuevo en mi lecho y escondí la faz; las luces, la multitud de rostros me sobrecogían, y en cuanto me hube repuesto algo de mi asombro, me sentí por completo dispuesto á romper otra vez en llanto en razón del desorden profundo que reinaba en mis ideas. El perfume aumentó, era cada vez más fuerte é intenso; el aposento parecía lleno de cálido incienso, y abriendo los ojos vi que dos jóvenes sacerdotes, á cada uno de mis dos lados, eran los que sostenían los vasos de los cuales brotaba. La habitación, como ya he dicho, rebosaba de sacerdotes; pero un círculo interno de los mismos rodeaba mi lecho. Con temor fijé mis ojos en sus caras. Entre ellos estaban Agmahd y Kamen, y los demás compartían con ellos aquella inmovilidad extraña de expresión que tan profundamente me había impresionado. Dirigí mis miradas de una faz á la otra, y temblando de nuevo cubrí mis ojos; me sentía como envuelto por barrera impenetrable; me encontraba aprisionado con aquellos hombres en torno mío por un algo infinitamente más infranqueable que muros de piedra. Rompióse el silencio, por fin. Agmahd habló.

—Levántate, niño—dijo—y ven con nosotros.

Me levanté obediente, aunque á la verdad, hubiera preferido permanecer solo en mi cuarto obscuro á acompañar á aquella multitud extraña y silenciosa. Pero no podía hacer yo más que someterme y callar cuando me encontraba con los ojos azules tan fríos como impenetrables de Agmadh, fijos en mí. Me levanté, encontrándome, á medida que me movía, envuelto por el mismo círculo interno. Delante, detrás y junto á mí se movían, andando los demás ordenadamente en torno del centro. Seguimos un largo corredor hasta llegar á la gran puerta de entrada del templo. Estaba abierta, y sintió mi alma á manera del consuelo que produce la faz de un antiguo amigo, al contemplar una vislumbre de la cúpula exterior, iluminada por las estrellas. Pero el momento fué breve.

Nos detuvimos precisamente al encontrarnos dentro, pasadas las gran-

des puertas que los sacerdotes cerraron y aseguraron con barras; y entonces dimos la vuelta hacia el gran corredor central, que había observado ya cuando mi entrada primera. Me hice cargo entonces de que, á pesar de lo bello y espacioso que era, no había puertas que diesen á él, excepto una de arco muy pronunciado que al final del mismo figuraba á la derecha, en frente de la gran avenida del templo. Sentí una curiosidad frívola por saber á dónde conduciría aquella puerta solitaria.

Trajeron ellos una silla pequeña y la colocaron enmedio del corredor. En ella dijéronme que tomara asiento, de cara á la puerta situada al extremo. Así lo hice en silencio y lleno de alarma; ¿qué venían á significar cosas tan raras? ¿Por qué tenía que sentarme así, con los grandes sacerdotes en pie en torno mío? ¿Qué prueba era la que me aguardaba? Decidí conducirme como un valiente y no tener miedo ninguno. ¿No había sido cubierto acaso con una pura y blanca vestidura de lino? La verdad es que no figuraban en ella bordados de oro; pero tampoco tenía adornos negros como las de los sacerdotes más jóvenes. Era de un blanco puro; y enorgulleciéndome con la idea de que aquello debía significar alguna especie de distinción, traté de mantener con la misma mi ánimo que flaqueaba.

El perfume del incienso llegó á un grado tal de violencia que perturbó mi cabeza. No estaba acostumbrado yo á los perfumes que con tanta prodigalidad empleaban los sacerdotes.

De repente, sin la menor palabra ó señal de representación ninguna, apagáronse las luces, y una vez más me encontré sumido en tinieblas, rodeado por una multitud extraña y silenciosa.

Traté de reconcentrarme y de hacerme cargo de dónde estaba. Recordé que la masa humana se hallaba detrás de mí, y que en frente de mí habíanse separado á ambos costados los sacerdotes, de modo que, á pesar de separarme todavía de los demás el círculo interno, mis ojos miraban, cuando las luces se apagaron, en línea recta al fondo del corredor, en dirección de la puerta de arco pronunciado.

Me dominaba la alarma; ¡me sentía tan miserable! Me acurruqué en mi asiento, proponiéndome ser valiente si necesario fuera, pero mientras tanto permanecer todo lo silencioso y lo menos importuno que me fuera posible. Gran temor me inspiraban los rostros impasibles de aquellos grandes sacerdotes, que sabía permanecían inmóviles junto á mí. El silencio absoluto de la multitud que tenía á mis espaldas me llenaba de terror y de espanto. Durante algunos momentos me dominó un pavor tal, que pensé si

levantándome y dirigiéndome en línea recta hacia el fondo del corredor, podría escapar pasando por entre los sacerdotes sin que lo advirtiesen. Pero no me atreví á intentarlo; y á la verdad, el incienso, combinado con los efectos de aquella bebida sutil y con los del reposo, producíanme un sopor anormal.

Permanecían mis ojos semicerrados, y creo que pronto hubiera quedado dormido; pero despertó súbitamente mi curiosidad al percibir que una línea de luz fulguraba en torno de los ángulos del hueco de la puerta, al extremo del corredor. De par en par abrí mis ojos para mirar, y pronto me hice cargo de que lenta, muy lentamente, iba abriéndose la puerta. Por fin abrióse á medias, y una á modo de luz tenue apagada, brotó de la misma. Pero en el extremo del corredor, en el cual nos hallábamos nosotros, continuaban las tinieblas totales y sin disminución, y yo no oía ni sonido ni señal de vida algunos, como no fuera el sordo y comprimido susurro de la respiración de los hombres que me rodeaban.

Cerré los ojos á los pocos momentos, pues era tan intensa mi mirada al través de las tinieblas, que la fatiga los rindió. Luchando de nuevo los abrí; ví que precisamente fuera de la puerta había una figura.

Distintos aparecían sus contornos, pero la forma y el rostro estaban confusos, en razón de permanecer la luz detrás; á pesar de que no había el menor motivo para ello, difundióse por mi entero ser un súbito terror, pusiéronseme las carnes de gallina, y tuve que hacer uso de una á manera de fuerza física represiva con objeto de evitar el prorrumpir en alaridos. Aquel intolerable sentimiento de miedo aumentó por momentos, pues en dirección á mí avanzaba la figura lentamente, deslizándose, moviéndose de un modo que no era de esta tierra. Ví entonces, cuando se hallaba más cerca, que la cubría una especie de negra vestidura, que casi por completo velaba sus formas y su faz. Pero no podía verla con mucha claridad, pues la luz que brotaba de la puerta apenas si iluminaba más allá de la misma. Pero aumentó de repente mi agonía de terror al observar que cuando la figura, deslizándose, llegó junto á mí, encendió una especie de luz que llevaba consigo que iluminó sus indefinidos ropajes. Pero aquella luz á nada más hacía visible. Con esfuerzo gigantesco separé mis ojos fascinados de aquella figura misteriosa, y volví la cabeza esperando ver las formas de los sacerdotes junto á mí. Pero sus formas no eran perceptibles; todo permanecía sumido en profundas tinieblas. Esto sacudió de mí el hechizo de horror que me tenía dominado, lancé un grito, un gri-

to de agonía y de terror, y doblé la cabeza cogiéndola entre mis dos manos.

Sonó en mis oídos la voz de Agmahd.

— No temas, hijo mío — dijo con su acento melodioso é imperturbable.

Hice un esfuerzo para dominarme á mí mismo animado por aquella voz que indicaba algo, por lo menos más familiar y menos terrible que la figura velada que en pie permanecía ante mí. Allí estaba, no muy cerca, pero sí lo suficiente para llenar mi alma de un terror tal que no era de esta tierra.

— Habla niño — dijo de nuevo la voz de Agmahd, — y dinos qué es lo que te infunde pavor.

No me atreví á desobedecer, á pesar de que mi lengua permanecía pegada á mi paladar; y, á la verdad, con sorpresa vi que podía expresarme con mucha mayor facilidad de lo que de otra manera hubiera podido verificar.

— ¿Qué? — exclamé yo. — ¿No véis, acaso, la luz de la puerta y la figura velada? ¡Oh! mandadla que se retire; me asusta.

Un murmullo sordo, comprimido, pareció brotar de toda la muchedumbre á un mismo tiempo. Era evidente que mis palabras les excitaban. Habló entonces de nuevo la voz tranquila de Agmahd.

— ¡Bien venida sea nuestra reina! Todos nosotros le tributamos nuestro homenaje más completo.

La figura velada inclinó su cabeza y avanzó; acercóse entonces más. Agmahd habló otra vez, después de una pausa de completo silencio:

— ¿No puede, acaso, nuestra señora abrir más los ojos de sus súbditos y darles órdenes como antes?

Detúvose la figura y pareció trazar algo en el pavimento. Miré, y vi las palabras en letras de fuego, que se desvanecieron á medida que iban apareciendo.

— Sí; pero el niño tiene que entrar en mi santuario solamente conmigo.

Vi las palabras, digo, y crispáronse de horror mis carnes. El terror indecible que me inspiraba aquella figura velada era tan poderoso, que hubiera yo más bien muerto que cumplir un mandato semejante. Los sacerdotes permanecían silenciosos, y conjeturaba yo que lo mismo que la figura, las letras flamígeras permanecían invisibles para ellos. Reflexioné inmediatamente que por extraño é increíble que pareciese, era así realmente, no podían ellos saber la orden. Aterrorizado como estaba, ¿cómo

podía consentir en pronunciar yo mismo las palabras que debían imponer sobre mí una obligación tan por completo terrible?

Permanecí silencioso. Súbitamente volvióse á mí la figura y pareció en mí fijar su mirada. Y entonces de nuevo trazó en letras flamígeras, que al instante se desvanecían, lo siguiente: «Comunica mi mensaje.»

Pero yo no podía; á la verdad, el horror lo había hecho físicamente imposible. Mi lengua estaba entumecida; parecía llenar mi boca.

Volvióse en dirección mía la figura con gesto de cólera violenta. Resbalando, con movimiento rápido lanzóse sobre mí y arrancó el velo que á su faz cubría.

Parecieron saltar mis ojos de sus órbitas, al tener al rostro aquél tocando casi al mío.

No era repugnante, si bien llenos estaban sus ojos de una cólera helada; una cólera que no lanzaba relámpagos fulgurantes, no, pero sí escarchas y granizo, una tempestad de nieve. No era repugnante, pero me inspiraba una repulsión y un pavor tales como jamás los hubiera creído posibles, y el horror que me inspiraba procedía de que en todas sus facciones reflejábase el odio y la oposición á la naturaleza. Parecía constituída por los elementos de la carne y de la sangre, y, sin embargo, la impresión que me producía era tan sólo la de ser una máscara de humanidad, una horrible no-realidad corpórea, un algo constituído por la carne y por la sangre, pero sin la vida que en la carne y en la sangre late. Acumuláronse en mí en un segundo todos aquellos horrores. Y con alarido penetrante desvanecíme por segunda vez en aquel día, mi primer día en el templo.

(Se continuará.)

PENSAMIENTOS SUGESTIVOS DE HOMBRES NOTABLES

32. Todo lo que somos es el resultado de lo que hemos pensado; nuestros pensamientos son el fundamento y la substancia de ello. Un hombre habla ú obra con un mal pensamiento, el castigo le sigue como sigue la rueda al que tira de la carreta.

(BUDDHA: *Parábolas*, traducción de M. Müller.)

33. Las facultades del hombre soberanamente perfecto, son tan poderosas, que puede por medio de ellas prever las cosas futuras. La eleva-

ción de las familias reales se anuncia seguramente por felices presagios; la caída de las dinastías se anuncia asimismo por funestos presagios... Cuando los acontecimientos felices ó funestos están próximos, el hombre soberanamente perfecto preve con certeza si ellos serán felices ó funestos, porque el hombre soberanamente perfecto reune las inteligencias supernaturales.

(KHUN-FU-TSEU: *La invariabilidad en el medio*, Cap. XXIV.

34. . . . es necesaria aquella sabiduría y juicio, aquel arte, industria y uso de razón intelectual, que por el sol inteligible, en unos tiempos más en otros tiempos menos, cuando en mayor, cuando en menor grado, es revelada al mundo. Tal práctica se llama magia, y ésta, por cuanto consiste en principios sobrenaturales, es divina; y en cuanto versa sobre la contemplación de la naturaleza é indagación de sus secretos, es natural y se llama mediadora y matemática; en cuanto que consiste en acciones y operaciones del alma, horizonte de lo corporal y esperitual, espiritual é intelectual.

(GIORDANO BRUNO: *Expulsión de la Bestia triunfante*, Diálogo 3.°, Parte II.)

NECROLOGÍA

Víctima de un cruel padecimiento, falleció el día 24 de Noviembre último nuestro querido amigo y hermano D. Rafael Monleón y Torres.

Hombre de gran inspiración y talento, Rafael Monleón, que desempeñaba un puesto oficial en el Ministerio de Marina, guiado por la intuición propia de los verdaderos artistas, no vaciló en abrazar la causa Teosófica cuando apenas contaba ésta un puñado de servidores en España, patentizando de este modo la firmeza de sus convicciones.

Contribuyó con el pincel y la pluma, y por todos los medios puestos á su alcance, á la difusión de nuestras doctrinas, reflejándose en sus escritos el desprecio que le inspiraban las hipocresías y convencionalismos sociales.

Su muerte es una pérdida sensible para la causa Teosófica, sobre todo en España, donde tanto escasea el valor moral, y lo es igualmente para el Arte, pero tras de sí deja Monleón á aquélla el ejemplo del deber cumplido, y al Arte sus geniales representaciones de la Naturaleza.

¡Descanse en paz el valiente y leal soldado de la *primera* hora!

VINA

Imp. y Lit. de J. Palacios. Arenal, 27.